

Anuario de Estudios Filológicos, ISSN 0210-8178, vol. XXXIII, 2010, 95-110

Recibido: 25 de mayo de 2010.

Aceptado: 1 de julio de 2010.

MANIFESTACIONES DEL ESPLÍN MODERNO
EN *LOS OJOS DEL EXTRAÑO*, DE VICENTE GALLEGO:
LA PLASMACIÓN DEL QUEBRANTO VITAL*

EMMA HARRIS
Universitat de Lleida

Resumen

Uno de los exponentes del regreso a un tono romántico, que fue una de las características de la ‘poesía de la experiencia’ —un movimiento lírico que tuvo cierto protagonismo en el panorama literario de las últimas dos décadas del siglo pasado—, es el libro *Los ojos del extraño* del autor valenciano Vicente Gallego. En consonancia con los presupuestos de ese movimiento, el poemario nos presenta la decadencia de un hombre todavía joven, que en sucesivas composiciones nos va detallando los altibajos, y sobre todo los bajos, de su ‘áurea mediocritas’: siente que la madurez se le ha echado encima cuando justo había comprendido para qué servía la juventud, y el paso a la nueva edad, aunque temprano, le contagia un sentimiento agrídulce de inquietud que le hace lamentar todo aquello que el curso malogrado de sus días le ha impedido conseguir. El peso de la oportunidad perdida redundará en una devaluación de la existencia que le infecta con un pesimismo conformista, con que aún intenta hallar aquellos regalos que, a pesar del aburrimiento, la vida nos sigue deparando de vez en cuando.

Palabras clave: Madurez, melancolía temprana, pesimismo conformista, oportunidad perdida, aburrimiento, desencanto.

Abstract

One of the exponents of the return to a Romantic tone, which was one of the characteristics of the ‘poetry of experience’ —a lyrical movement that was quite prominent in the literary panorama during the last two decades of the twentieth century—, can be found in *Los ojos del extraño* by the Valencian author Vicente Gallego. In line with the concepts of that movement, this poetry book depicts the decadence of a man who is still young, and who, in successive compositions, details the ups and downs (especially the

* El presente artículo forma parte de un capítulo más extenso de la tesis doctoral inédita *La obra poética de Vicente Gallego*.

downs) of his 'aurea mediocritas'. He feels that adulthood has crept up on him when he has just become aware of youth, and this early passage to a new age infects him with a bittersweet unrest which makes him regret everything that the unfortunate course of his life has not enabled him to achieve. The weight of missed opportunities leads to a devaluation of his own existence that, in turn, confers on him a pessimistic conformism, with which he still tries to find those gifts that, in spite of boredom, life continues to offer us from time to time.

Keywords: Maturity, early melancholy, pessimistic conformism, missed opportunities, boredom, disenchantment.

0. Introducción

Fiel a un componente culturalista muy de moda en la época, *Los ojos del extraño*¹ encarna con suma maestría, la paradoja del existir que, durante siglos, ha teñido de oscuridad las afirmaciones de muchos poetas, y lo hace sin perder un ápice de la severidad con que hallamos este sinsentido formulado, por ejemplo, en los *Cantos* del desdichado Leopardi² —que a menudo imprecisa a la naturaleza por la suerte del mortal y la desatención que nos muestra—, o, en unas fechas más cercanas, en las composiciones casi elegíacas de Francisco Brines³. En una breve introducción que acompaña a una antología de algunos de los poemas de este último, Vicente Gallego señala lo siguiente con respecto al desengaño que trae consigo reconocer la verdad del vivir:

«El aliento grave y desgarrado de la poesía de Brines nace de una terrible paradoja, la que conforma el sustrato mismo de la condición humana: la belleza transitoria de la vida, es decir, la finitud del tiempo que nos es concedido, su inapelable destino de deterioro y acabamiento junto al amor visceral que sentimos hacia un mundo que, en su aberrante naturaleza, no parece merecerlo»⁴.

Y, de hecho, aunque esta observación concierne a la obra de un ajeno, es muy sintomática de la situación que se nos refleja en *Los ojos del extraño*, una situación que, de tan aparente, ya nos viene anunciada desde el mismo título de algunas composiciones: en la penúltima sección del libro, por ejemplo, encontramos una breve composición no exenta de unas gotas de

¹ Vicente Gallego, *Los ojos del extraño*, Madrid, Visor, 1990.

² Giacomo Leopardi, *Cantos*, Barcelona, Orbis, 1983.

³ Cf. Francisco Brines, *Ensayo de una despedida. Poesía completa (1960-1997)*, Barcelona, Tusquets, 1997.

⁴ Vicente Gallego, «Introducción», en Francisco Brines, *Antología*, selección de poemas, introducción y notas de Vicente Gallego, dibujos de Ramón Gaya, Valencia, Aitana editorial, Institutió Alfons el Magnànim, Diputació de Valencia, 1998, pág. 7.

ironía en absoluto disimuladas, que se titula «Amor constante más allá de la prudencia»⁵. El poema que nace de la innovación sobre un tópico barroco, compara el comportamiento del ser humano para con la vida, con el de unos perros para con unos amos nada ejemplares. Veamos un fragmento:

Lo mismo que esos perros cuyo dueño
es también su verdugo, y lo veneran,
así te empeñas en amar la vida.
Con esa obstinación de algunos perros
que sufren los humores de un borracho
mientras lamen su mano, así la adoras.
Con la misma paciencia de esos perros
que aguardan en la tumba de sus amos
no se sabe qué cosa, demostrando
un tesón tan hermoso como estéril.
Con esa obstinación, hermosa y fiel,
de algunos perros...

Tras aducir una serie de rasgos dignos de felicitación —la veneración, la obstinación y la paciencia—, la voz, después de una breve pausa en que parece reflexionar sobre la naturaleza ridícula de este desperdicio inútil de energía, concluye:

... Pero también a veces,
y quizá demasiadas —piensas hoy—,
con su expresión tan triste y tan idiota.

Si bien éste es un libro que tal vez sin que Vicente Gallego se lo planteara adrede⁶, sigue muy de cerca las características del movimiento experiencial⁷,

⁵ Cf. Francisco de Quevedo, *Antología poética comentada*, Madrid, Edaf, 2004, y Luis García Montero, «Un poeta necesario», *Renacimiento: Revista de literatura* n.º 6 (1991), pág. 3.

⁶ Recuérdese al respecto que en una poética temprana, nuestro autor ya adujo que se negaba a seguir las modas: «...honestidad, paciencia, y no dejarse arrastrar jamás por las modas. La fidelidad a uno mismo parece la única posibilidad de captar a un público reducido y fiel que es, en definitiva, lo único que interesa». Vid. José Luis García Martín, *La generación de los ochenta*, Valencia, Mestral, Consorci d'Editors Valencians, 1998, pág. 260.

⁷ Vid. los siguientes libros: Francisco Díaz de Castro (ed.), *La otra sentimentalidad. Estudio y antología*, edición y presentación de Francisco Díaz de Castro, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2003; Miguel García-Posada, *La nueva poesía (1975-1992)*, Barcelona, Crítica, 1996; Luis Antonio de Villena, *10 menos 30. La ruptura interior en la «poesía de la experiencia»*, Valencia, Pre-textos, 1997; y los siguientes artículos: José Luis Falcó, «La poesía: vanguardia o tradición», *Revista de Occidente*, n.º 122-123 (1991), págs. 170-186; Luis García Montero, «Un poeta necesario», *Renacimiento: Revista de literatura*, n.º 6 (1991), pág. 3; Eugenio Maqueda Cuenca, «La poesía de la experiencia. Orígenes y teorías» y Genara Pulido Tirado, «El realismo poético en la España de fin de siglo», en Salvador Montesa (ed.), *Poetas en el 2000. Modernidad y transvanguardia*, Málaga, Biblioteca del congreso de literatura española contemporánea, n.º 13,

cabría recordar que, a pesar de la distancia que media entre las experiencias biográficas y la ficción literaria⁸, hay una fuente personal de la que se alimenta cualquier ejercicio de creación: «...en los poemas miento poco...»⁹, Vicente Gallego constató en una ocasión.

La melancolía temprana que tiñe la exposición de no pocas composiciones, aunque el poeta ahora la estime postiza, en su momento fue verdadera, y creo que lo mismo podría afirmarse con respecto al dolor¹⁰. En este sentido, téngase en cuenta lo que Abelardo Linares afirma en un artículo de título homónimo a esta segunda obra de nuestro autor:

«Los poemas de *Los ojos del extraño* tienen mucho de autobiografía moral y son algo así como el diario de una insatisfacción. Insatisfacción ante la vida e incluso ante la poesía en que esa vida se refleja, como en un espejo, devolviéndole al poeta “el rostro de un extraño”»¹¹.

Asimismo, cuando Luis Antonio de Villena¹², para una antología de principios de los noventa, le solicitó que, en vez de un texto en prosa, lleno de aclaraciones harto vistas y repetidas, proporcionara un poema a modo de Poética, nuestro autor le facilitó una composición que en *Los ojos del extraño* lleva por título «Mi idea del autor». No parece tan arriesgado decir que desde el momento en que el lírico ofrece el contenido del texto como compendio de algunas de sus ideas poéticas, está más cerca de la realidad que de la ficción. Al margen de algunas observaciones sucintas sobre el oficio de escribir (el hábito de la escritura, el desconocimiento del porqué escribe, etc.), aquello que más nos interesa en este punto es lo que se dice acerca del dolor: la constatación nace a raíz de la exposición del sentimiento que los intentos frustrados de convertirse en un mujeriego inspiran a la voz:

Por su causa he sufrido de verdad
—jamás finjo el dolor que hay en mis versos,
aunque finja tal vez otros motivos—.

2001, págs. 317-327; Jaime Siles, «Dinámica poética de la última década», *Revista de Occidente*, n.º 122-123 (1991), págs. 149-169; Sultana Wahnón, «Lírica y ficción: de la otra sentimentalidad a la poesía de la experiencia», en Remedios Morales Raya (ed.), *Homenaje a la Profesora M.ª Dolores Tortosa*, Granada, Universidad de Granada, 2003.

⁸ Vid. Ana Eire, *Conversaciones con poetas españoles contemporáneos*, Sevilla, Renacimiento, 2005.

⁹ Entrevista inédita realizada a Vicente Gallego durante el Festival Internacional de Poesía de Lleida, Mahalta, el 26 de octubre del 2006.

¹⁰ Cf. Eric Satie, *Obras de juventud para piano*.

¹¹ Abelardo Linares, «Los ojos del extraño», *Scriptura* n.º 10 (número monográfico sobre poesía actual) (1994), Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, pág. 135.

¹² Luis Antonio de Villena, *Fin de siglo (El sesgo clásico en la última poesía española)*, Madrid, Visor, 1992, págs. 161-162.

Que se trata de una postura veraz lo vemos, por ejemplo, en el poema «Martes 19 de diciembre de 1989» que relata, según el poeta señaló durante una entrevista, «un mal día para él»¹³:

Amanece con sol, y con chiquillos
que alborotan camino del colegio,
amanece con pájaros y luz.
Con belleza amanece, igual que en tantos días
que creo haber vivido y no recuerdo,
con belleza amanece, mas no en mis ojos.
En desacuerdo están
la mañana y mi pecho, y miro atrás,
más allá de estos meses de desdicha,
más allá de este día, del teléfono
que acaba de sellar tanto dolor

La consecuencia inmediata del dolor es el desencanto, no sólo afectivo sino también vital, que, como el personaje nos apunta en el poema «Las mujeres y las armas» (II), se caracteriza por una emoción imprecisa que, en su vaguedad, llega a teñir todas las experiencias humanas, haciendo que recelemos de la alegría cuando regresa a nuestras vidas:

Lo expresa una palabra: desencanto.
Ningún dolor concreto o abandono,
más bien esa actitud que a su partida
el dolor nos contagia:
cierta desconfianza y un asombro
extraño ante la dicha.

El desencanto que así nace, también es capaz de suscitar cierto sentimiento de culpa en el corazón de aquel que se encuentra impelido a entregarse a la luz que retorna a sus días, tras tantos días de atenerse al dictamen de la penumbra como vemos en el siguiente fragmento del poema «Otro milagro de la primavera»:

Extraña es esta luz que se rezaga,
obstinada y antigua, despertando
con cautela tu ánimo y las calles.
En su regalo hoy te ha sorprendido
el peso inesperado de los años,
pues sientes que amedrenta
felicidad tan rara al corazón.

¹³ Conversación inédita con el poeta. *Vid.* nota n.º 9.

Esos otros motivos a los que se han aludido en el poema «Mi idea del autor», cuya sinceridad el personaje pone en entredicho, tal vez se desglosen en la siguiente cita que pertenece a la composición «Variación sobre un tema de V.G.»¹⁴:

En realidad, lo sé, no es nada insoportable.
Diréis que finjo, que la moda impone
la fatiga temprana, los lamentos,
que a mi edad no conviene, por ridículo,
exagerar el drama.

Al margen del obvio tono paródico del fragmento, nótese que los rasgos que aquí se exponen no son sino algunos de los ingredientes esenciales que se necesitan para tematizar el desencanto experiencial¹⁵. Si bien hay en todos los versos que hemos visto un conflicto entre el deseo y la realidad, sobre el que volveremos más adelante, las implicaciones personales de éste no deberían ser exageradas, ya que, como Abelardo Linares apunta con respecto a los versos que acabo de citar:

«El acierto está en la naturalidad no exenta de autoironía con la que el personaje de estos versos asume ese conflicto resistiéndose a insistir en los aspectos patéticos o dramáticos del mismo»¹⁶.

1. Manifestaciones del desengaño vital

Por lo que hemos señalado hasta aquí, no parece haber duda de que, en *Los ojos del extraño*, asistimos al relato del 'áurea mediocritas' de un personaje que siente que la juventud ya le ha abandonado. Y, como nos advierte en el poema «Cuando sea mayor», cualquier resplandor restante de esa época dorada lo consume sin piedad:

...un ladrón que se alimenta
con los restos de luz que hay en tus ojos,
y te apaga los días, y oscurece tus horas.

A pesar de esto, el ingreso en la madurez le ofrece una oportunidad de detenerse en los umbrales de esta nueva edad, y evaluar por última vez y con la justa distancia los días pasados, cuyas vivencias irrumpen en el presente, incluso cuando la voz se entrega a los humores más oscuros. Al margen de que el libro se ajuste o no al tono generacional predominante de la época,

¹⁴ Cf. Francisco de Quevedo, *Antología poética comentada*, Madrid, Edaf, 2004.

¹⁵ Vid. Miguel García-Posada, *La nueva poesía (1975-1992)*, Barcelona, Crítica, 1996.

¹⁶ Abelardo Linares, «Los ojos del extraño», *Scriptura* n.º 10 (número monográfico sobre poesía actual) (1994), Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, pág. 135.

el peso de la vivencia personal del poeta en la historia lírica —la crisis de la edad, el dolor por las oportunidades perdidas, la inminencia de la vejez y la muerte a pesar de encontrarse tan sólo empezando a transitar por el camino del atardecer...— probablemente son, como mencionamos más arriba, el reflejo directo de una situación que vivía entonces. En fin, toda ficción nace de la plantilla que una experiencia nos imprime en el recuerdo. En este sentido, Florencio Martínez Ruiz en un artículo de nombre homónimo al libro que nos ocupa, aduce que, por contraste con *La luz, de otra manera*¹⁷, en *Los ojos del extraño* se acortan las distancias entre las esferas del mito personal del escritor valenciano y la realidad poética:

«Gallego se reconcilia consigo mismo en este libro. Reingresa en la vida ordenada, sin deserciones, desengañado del amor, en pleno desencanto fertilizante, habituado en la costumbre del fracaso»¹⁸.

Esto no significa que *Los ojos del extraño* es un poemario basado enteramente en la vida de Vicente Gallego, ni mucho menos, sino que, como apuntamos antes, la situación poemática, a diferencia del libro precedente, deja abierta la espita a alguna vivencia más vinculada al ámbito de la experiencia personal. Por consiguiente, no nos pueda extrañar que el tono grave con el que algunas anécdotas se insertan dentro de la historia lírica, tenga en ocasiones un trasfondo personal. De ahí que Carlos García Lorés señale en un artículo titulado «Poesía de muchos quilates»:

«En uno de los poemas elegido como cita inicial se dice “El libro es sólo el tiempo, / un tiempo mío entre todos los tiempos”. Es quizá la síntesis de lo que Vicente Gallego nos da en este libro. Por medio de unos versos cargados de humanidad, entrañables, sinceros en apariencia, revisa varias frases de su vida en una visión retrospectiva. Es su tiempo, algo muy personal, igual o distinto de lo demás. Eso importa menos. Lo esencial es que resulten sus propias experiencias»¹⁹.

I.1. ALGUNOS SENTIMIENTOS QUE LA PÉRDIDA DE LA JUVENTUD NOS CONTAGIA: EL CANSANCIO Y LA DECEPCIÓN

En *Los ojos del extraño* hay una lucha constante, una serie de enfrentamientos armados entre el personaje y uno de los únicos componentes eternos del existir, el tiempo. No hace falta decir que el tiempo juega con ventaja, ya que cuenta con una munición sumamente devastadora, que se manifiesta como la conciencia del paso inevitable del tiempo. Por consi-

¹⁷ Vicente Gallego, *La luz, de otra manera*, Madrid, Visor, 1988.

¹⁸ Florencio Martínez Ruiz, «*Los ojos del extraño*», *ABC Literario*, 23-2-1991, pág. 1v.

¹⁹ Carlos Galán Lorés, «Poesía de muchos quilates», *Alerta*, 8-3-1991, pág. 30.

guiente, la voz es un blanco en torno al cual nacen una serie de dicotomías, que le atormentan en la medida en que se siente casi obligada a repartir su voluntad entre las opciones que le ofrecen. Es decir, del mismo modo que el vivir se convierte en una paradoja desde el momento en que perdemos nuestra inmortalidad, al dejar la infancia y la primera adolescencia atrás²⁰, los poemas de este segundo libro de Vicente Gallego nos reflejan la situación sin sentido de alguien que está ingresando en una nueva edad y no tiene muy claro si debe luchar para perpetuar el recuerdo de lo ido, lamentarse por las pérdidas y todo lo que sabe que no va a conseguir, aunque todavía sea pronto, o conformarse con una resignación callada a los regalos mezquinos con que la edad le obsequia.

a) *El engaño de la juventud*

El intento de vivir a costa de la luz del pasado nos asalta ya desde la primera sección del libro. En «Todavía el verano» —una extensa elegía de los tiempos idos y sus oportunidades sin trabas—, el personaje, animado por el engaño del sol invernal, cuya luz se rezaga como si fuera la del estío, regresa en su mente a una época en que aún alentaba la idea que era posible, e incluso probable que todo le sucediera tal y como él se había planteado:

Quizá fuera mejor que mis veranos
os hablaran de mí.
pues esta luz me lleva al mar,
y al entornar los ojos me sorprende
en la casa entreabierto de mi infancia,
porque entreabierto estaba el mundo en esos días,
desnudo, pero a medias, misterioso
todavía, igual que esas mujeres
de las revistas viejas que ocultaba
mi padre en el cajón. Esa luz rezagada,
cuando niño, al salir de la academia,
esas tardes tan largas del estío,
con sus noches suaves, permitidas.

Mas quien nos habla ahora se ha desengañado, y aunque sueña con el regreso a una época idílica, reconoce que esa arcadia nunca existió, y que la memoria fabrica y dora los recuerdos en consonancia con su estado de desánimo presente, y es por esta razón que ya antes de la cita que acabamos de ver, la voz nos advierte de lo siguiente:

²⁰ Cf. Francisco Brines, «La certidumbre de la poesía», en *Selección propia*, Madrid, Cátedra, 1984, págs. 13-53.

Pero cómo podría hablar de los veranos
sin hablaros de mí, y sin embargo,
cuánta luz hay en ellos que mi vida perdió,
que sigue allí, si miro atrás, que sigue
allí, en mis ojos no, en mis días no
de entonces ni de ahora, cuánta luz,
blanquísima y vacía, iluminando
un paisaje tan sólo del recuerdo.

La juventud se recuerda, en un poema titulado «Las tardes», como una época de transición hacia esos verdaderos regalos de la vida, del mismo modo que en otra composición, «Muchacha con perro», el personaje se figura que podría ser, a los ojos de la adolescente que juguetea con su perro en el solar de enfrente, una imagen de la anhelada madurez, esto es, «la tentación/ de todo lo que espera, esa edad prometida/ en que será por fin esa mujer/ con que a menudo sueña, más hermosa y más libre». Pero esos regalos no son sino una trampa encubierta, y una vez nos ha caído la venda de los ojos, vemos que el verdugo y el salvador eran una y la misma edad. Esta conciencia, entonces, redundante en la seguridad de que la juventud fue un engaño, como se desprende de la siguiente cita que pertenece al poema «Balcón al sur»:

Desde el balcón los miras, y comprendes
que también tú esperas la fortuna,
aunque de otra manera, pues la intuyes
espléndida y vulgar como los días
que con su aspecto pobre te engañaron

Mas esta ilusión le abocó a una espera inútil, aunque inevitable, durante años con sus promesas vacías, y le incitó a moderar sus prácticas, a cambio del espejismo de una experiencia más enriquecedora en un futuro incierto, como vemos en la siguiente cita que pertenece al poema «Las tardes»:

He vivido en la espera absurda de la vida,
cuando he gozado
ha sido con reservas; amé creyendo en el amor
que habría luego de venir, y que faltó a la cita,
y renuncié al placer por la promesa
de una dicha más alta en el futuro incierto.

No obstante, una vez alcanzada la madurez, el personaje se percató de que los días no regalan lo que prometen, sino que añaden al engaño porque le suman una serie de sentimientos negativos que nacen de la decepción vital. A pesar de esto, el mismo planteamiento de la historia lírica, esto es, esa especie de dicotomía que nace del enfrentamiento entre dos edades que,

de alguna forma, se solapan, si no en la vida del personaje, sí en su mente, redundando en un equilibrio donde cada pérdida es compensada, en cierto modo, por una ganancia. Así, aunque en poemas como «La negra flor» o el que acabamos de examinar, la voz señale que el tiempo es respectivamente un ladrón y un embaucador, en otras composiciones como «La recompensa estéril de mis tardes», esta misma conciencia de causa le otorga una opción: entregarse a su engaño, o renunciar a esas aparentes promesas de fortuna para experimentar aquella recompensa verdadera, pura y única que es «ese instante, / infecundo y lujoso, de pereza».

Si bien la voz pueda albergar la esperanza de hallar cierto consuelo en los momentos de tregua, como el que acabamos de aducir, que nacen al amparo de ese conformismo que nos contagia la edad, la crisis por la pérdida de la juventud es una herida que no cicatriza. Mas la edad no es un número, sino sólo un modo de contemplar el mundo²¹, realidad que queda más que patente cuando el personaje se observa desde la perspectiva ajena: en el poema que da título al libro, nos percatamos de que aunque ya se resigne a creer un morador de las tardes —con unas implicaciones muy distintas a las que observamos en *La luz, de otra manera*²², el libro anterior del poeta—, otros aún lo ven como una representación de la flor de la juventud, aunque tal vez una flor tardía. Sin embargo, él, obstinado en su terca creencia, escribe «cada tarde esa carencia». En donde la conciencia del engaño de la juventud redundando en una valoración si no positiva, al menos favorable de las posibilidades que la madurez le ofrece, el peso de las oportunidades perdidas o malogradas, y el declive de esa edad mágica cuando todavía era posible soñar con la posibilidad de otra ocasión para realizarlas, redundando en un balance negativo de las dos edades, como se infiere de las siguientes observaciones que Carlos Galán Lorés hace en el artículo «Poesía de muchos quilates»:

«La visión de la vida, el balance del pasado, es algo dolorido, triste, resignado, dubitativo».

Curiosamente, éstos y otros sentimientos como la resignación no son una consecuencia directa del paso del tiempo y el cambio de etapas vitales, sino, de nuevo, de una forma de contemplar el mundo, que es, sin duda, como en la obra de Brines²³, elegíaca. La voz no parece poner en duda que un futuro más digno era posible, como el que nos confiesa que soñaba en poemas

²¹ Cf. Eric Satie, *Obras de juventud para piano*.

²² Vicente Gallego, *La luz, de otra manera*, Madrid, Visor, 1988.

²³ Cf. Francisco Brines, *Ensayo de una despedida. Poesía completa (1960-1997)*, Barcelona, Tusquets, 1997.

como «Cuando sea mayor», pero sí pone en tela de juicio su capacidad de conseguirlo, ya que a menudo censura su propia torpeza. En este sentido, en poemas como «Todavía el verano», el regalo de unos instantes durante los cuales el mundo se pone a sus pies otra vez, pronto se trueca en la certeza de la ineptitud de someter al destino:

Un deseo confuso
como el que siento ahora, cuando abro
estos ojos inquietos por el sol de febrero
que me empuja a la tarde, a la ventana,
a recorrer las calles que de nuevo
con el estío encienden la ocasión y su trampa:
mi voluntaria, dulce, dolorosa torpeza.

Las ganas de cambiar el curso de sus días le abandonan al mismo ritmo en que los reproches por el desaprovechamiento persistente de la ocasión toman más protagonismo en su vida: por ejemplo, en un poema denominado «La deserción», cuyo título es muy sintomático del clima interior desde el que se emiten muchos de los juicios de las composiciones, el personaje lamenta la demora que comienza a ser la historia de su vida. La conciencia del retraso y la torpeza se agudiza desde el momento en que el balance del pasado, hace desfilar ante sus ojos todas aquellas identidades anheladas a las que el paso del tiempo ha cerrado el acceso. Obsérvese que su apuro no es otro que el conflicto entre el deseo y la realidad, esto es, «entre aquello que pedimos a la vida y lo que realmente la vida nos ofrece»²⁴, como Abelardo Linares señaló en su artículo sobre el libro. Por esta razón, en el poema que da título al volumen, la voz pasa inventario a todos esos tipos que el camino equivocado de sus días ha traicionado:

El balcón te reclama, en él renuncias
a los hombres que ocultas y que un día
traicionaste: el guerrero, el padre, el loco,
el monje, el solitario. Tu existencia
ha roto esos destinos, y eres el desertor
de muchas vidas...

Mas, si no fuera peor, el deseo, medio en broma, medio en serio, de convertirse en un mujeriego, que se mantenía a flote a pesar de sucesivos desengaños amorosos, empieza a entrar en crisis desde el momento en que el protagonista pierde la esperanza de convertirse en un seductor. Lo que en el poema «Final del capítulo» es una leve resignación por aquellos cuer-

²⁴ Abelardo Linares, «Los ojos del extraño», *Scriptura* n.º 10 (número monográfico sobre poesía actual) (1994), Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, pág. 135.

pos que sabe que no poseerá, que es compensada en parte por el recuerdo de las conquistas pasadas, aunque no brillantes, en «La deserción» se nos materializa como un sentimiento más hondo, cuyas implicaciones destruyen cualquier pizca de autoestima que aún resistía a los avatares del tiempo: mientras se masturba, la voz parece reflexionar sobre los motivos por los que no tiene pareja y, al mismo tiempo, considera la ínfima amenaza que su masculinidad representa para el sexo opuesto:

...La calidez
 convoco de mi cuerpo al que me ajusto.
 Procuero ir apagándome despacio, sin ruido,
 absurdo, prieto, plenamente desolado
 por la certeza antigua de perder
 todo aquello que el hombre nunca gana.
 A mí regreso, parco y pleno, yo,
 incierto y torpe, yo que pude ser
 el remoto ladrón de vuestras hijas.

No obstante, la peor decepción, la que más hiera y, asimismo, la que más ayuda a que la llaga de las edades no deje de contaminar sus días de emociones negativas, se expone en el poema «Final del capítulo», cuyo título también es muy sintomático de la perspectiva desde la que se nos habla. En él el personaje plasma una verdad incómoda: sólo al perder la juventud conseguimos aprender para qué servía. El reconocimiento aún escuece, y de las cenizas de la edad perdida se erige una última constatación fatal:

...Tras la ventana,
 tendido, aguarda el mundo, y tu certeza
 de haber perdido ya la juventud,
 cuando la sabes tuya, todavía.

b) *La tristeza del atardecer*

El ingreso en la simbólica tarde de la vida, a diferencia de la edad anterior, trae consigo no sólo el presagio de una amenaza cada vez más real de esa oscura noche y el enemigo funesto que la habita, que están casi acechando al personaje desde la vuelta de la esquina en poemas como «Las tardes», sino también una devaluación de la existencia, al ofrecer un elemento de medición, un baremo de comparación con que cotejar y contrastar las experiencias del presente. Pronto se hace aparente que el triste consuelo de la edad estriba en que aprendemos a no esperar tanto de la vida, porque ésta se encarga de enseñarnos «a amar lo que nos duele, / las cosas más pequeñas, aquello que ahora somos/ y tenemos: la música suave, nuestros cuerpos, / el calor de la estancia y el cansancio», como el personaje apunta hacia el final del título que acabamos de citar. Así si, cuando joven, el protagonista

veía desplegarse ante sus ojos una ruta infinita en la arena también sin fin, cuyo camino desea inútilmente recuperar en el poema «Todavía el verano», ahora su vida se parece a la decadencia de las estaciones más tristes y frías, y al ocaso de la tarde. Donde más se observa esta relación, aparte de las comparaciones frecuentes de su estado de ánimo con una presa malherida o un guerrero derrotado o envenenado, es en el poema que se titula «Otro milagro de la primavera»²⁵. Esta composición, machadiana en todos los sentidos, presenta el sentimiento agrisulce de inquietud que la naciente primavera despierta en un hombre cuya estación florida ya ha concluido:

Extraña es esta luz que se rezaga, extraña
 cuando ya no hay amor, cuando la tarde
 ha caminado mucho a nuestro lado
 y no encontramos hoy su rostro oscuro.
 Extraña primavera que no cuenta
 con nosotros. Sorprende
 su luz a la costumbre ingrata y triste
 de encender con esfuerzo
 en la penumbra el ánimo y la alcoba.

Obsérvese que el día se alarga, pero que su regalo luminoso sólo consigue encender de forma transitoria el clima emocional en que el personaje vive. La mayor contrariedad de sus días estriba en la conciencia de que, a partir de este momento, se verá obligado a mendigar en la claridad ambiental, ya que su luz interna se ha apagado y le ha sumado en una penumbra precipitada. En ésta y otras composiciones como «La desertión» o «Balcón al sur», la aceptación de la derrota es evidente, y se entrega sin resistencia aparente a un pesimismo conformista, no exento tal vez de cierta complacencia, por paradójico que suene, ya que la voz se recrea en sus lamentos del mismo modo que un niño se entretiene jugando. Una prueba de esto se encuentra en el poema «Tras una lectura de Leopardi»²⁶, donde nos afirma que el paralelismo entre su vida y la del escritor italiano romántico, los afanes y pesares compartidos, han entretenido el aburrimiento durante algunas horas:

Con la lectura lenta de unos versos
 he burlado la espina de estas horas adversas,
 (...)
 ...Y sin embargo,

²⁵ Cf. El poema «A un olmo viejo» de Antonio Machado, *Poesías completas. Soledades/Galerías/Campos de Castilla...*, edición de Manuel Alvar, Madrid, Espasa Calpe, Austral Poesía, n.º 33, 1997.

²⁶ Cf. Giacomo Leopardi, *Cantos*, Barcelona, Orbis, 1983.

la vida sigue siendo hermosa y triste,
y esos versos de sombra, extrañamente,
han traído la luz hasta esta tarde.

Cualquier hostilidad contra el curso inalterable de los días es inútil, y es por esta razón que, en algunas composiciones, participamos en las cavilaciones de un personaje que, aunque mal acepta su estado actual, intenta seguir encontrando aquellos regalos que la existencia nos depara de vez en cuando. En este sentido, al margen de que en poemas como «Las tardes» reconozca que la edad convierte al ser humano en más mezquino y obscuro, y que estos rasgos, que van siendo la costumbre de cualquier 'áurea mediocritas', nos contagian cierta conformidad que disimula el aspecto pobre de cualquier regalo, en varias composiciones se esfuerza por abandonar el pesimismo anticipado, y nos ofrece un balance, si no positivo, al menos favorable de las circunstancias en que su tiempo presente transcurre. Así, en poemas como «Sobre mojado», a pesar de la ligera amenaza que escuchar las *obras de piano para juventud* de Satie pudiera suponer para su ya sombrío ánimo, admite que la fortuna aún le presta su favor y que el amor acompaña de nuevo sus días:

...Y en tu cuarto
estás más triste hoy de lo debido,
pues transcurren tus días con sosiego
y puedes todavía agradecer su trato
amable a la fortuna.

Con leve decepción
debieras confesar que eres feliz,
pues el amor de nuevo se te otorga,
y nada duele
con exceso o con saña en tu cansado ánimo,

Asimismo, no sorprenderá al lector que, dentro del tono romántico predominante, se conceda cierta importancia al influjo de la naturaleza en el estado anímico de la voz: así, en poemas como «Nocturno con haikú», el cielo repetido es aún capaz de suscitarle una emoción sencilla y honda o, más significativamente, en la composición titulada «Muchacha con perro», el sol que 'rompe la conjura del tiempo' le inspira una emoción sinestésica que resume el secreto del encanto de las cosas, esto es, aquella emoción que surge, de pronto, del detalle y que, cual vemos también en *La luz, de otra manera*²⁷, es capaz de provocar nuestro asombro:

²⁷ Vid. Ana Eire, *Conversaciones con poetas españoles contemporáneos*, Sevilla, Renacimiento, 2005, pág. 220 y Álvaro Pombo, «La luz, de otra manera», *Diario 16*, Madrid, 30-4-1988, págs. 30-31.

... lo que esa escena
 me sugiere en la tarde, su emoción
 es mucho más sencilla y más compleja,
 y es la emoción callada de los días,
 su alegría tan triste, su tristeza dichosa,
 la emoción de unos ojos que están vivos
 y en esta tarde hermosa se detienen
 sobre aquella muchacha que pasea a su perro,
 y esa escena es un canto, y un haikú,
 pero también es oda y elegía,
 porque quizás el mundo se resume
 en aquella muchacha, y en el perro,
 y en la dicha asombrosa y en el dolor inmenso
 que esa escena sencilla es capaz de evocar
 en los ojos atentos de este hombre cualquiera.

En este sentido, el «afán/ callado y soportable ante las cosas, / y este pasar mediocre de los años» que el personaje nos expone en el poema «Balcón al sur», no son, cual señalamos en el apartado anterior, una consecuencia directa de las circunstancias en que vive, sino sólo del ángulo desde donde las valora. En la antología *Poesía española reciente (1980-2000)*, no en vano Juan Cano Ballesta señala lo siguiente:

«En el segundo libro, *Los ojos del extraño* (1990), dentro del marco de las comunes experiencias cotidianas podríamos decir que se acentúa la meditación profunda en torno al “pasar mediocre de los años”, la mentira, el desencanto, la brevedad de la vida y la lucha inútil contra “el devastador ejército del tiempo”».²⁸

Y esta perspectiva es aquello que fuerza a la voz a casi recriminar al tiempo la devaluación a que somete lo placentero en el poema «Las tardes»:

Con su certeza
 nos convierte la edad en más mezquinos,
 nos enseña a amar lo que nos duele,
 las cosas más pequeñas, aquello que ahora somos
 y tenemos: la música suave, nuestros cuerpos,
 el calor de la estancia y el cansancio.

Sin embargo, de nuevo, paradójicamente, amar lo doloroso es también agradable en el mismo sentido que veíamos antes, ya que, como el personaje nos confiesa en el poema «La negra flor» —también de cariz machadiano—,

²⁸ Juan Cano Ballesta (ed.), *Poesía española reciente (1980-2000)*, Madrid, Cátedra, 2001, pág. 323.

renuncia a la alegría, al amor y a los recuerdos «a cambio/ de esa moneda falsa y seductora: / la fuerza del dolor con que la vivo». Del mismo modo, en una composición tan sintomática de la pérdida de la juventud, como es «La deserción», aun a pesar de la conciencia de las carencias personales, la contemplación grata del entorno deja al protagonista «febril, dichoso e inmóvil».

Por lo que hemos aducido hasta aquí es innegable que hay alegría en los días de la voz, lo único que ésta, como la nueva edad que siente que está empezando a atravesar, se le manifiesta de otra manera que en el pasado. Aunque se declare sin fe, ésta aún pervive en la perspectiva con que indirectamente aguarda el devenir del futuro, como vemos en el poema «Variación sobre una metáfora barroca»²⁹, donde el secreto de una existencia plena estriba en tomar «la vida por un vaso/ que había que beber/ y había que llenar al mismo tiempo, / guardando provisión para días oscuros». De todas formas, la reflexión continua que guía el curso de los días del personaje, y condiciona su signo, también redundante en la aceptación de una verdad algo incómoda, y ésta es que, en general, cuando joven, las experiencias que ahora cree brillantes, no siempre supieron deslumbrarle. Por tanto, aquella 'luz cegadora' que se desprende del recuerdo en el poema «La negra flor», se trueca en otras composiciones como «Balcón al sur» en un engaño propiciado por la ansiedad que, al igual que en el poema «Todavía el verano», asocia la promesa del estío con las oportunidades perdidas:

No tardará en llegar otro verano,
su lentitud te acerca a la memoria,
ese juego de luces y de fugas
que la ansiedad propicia. Esta naranja
descompuesta y manchada que es el día
te inquieta y te somete.

No parece fortuito que el personaje aduzca que el recordar trae consigo la participación en un juego, ya que en otras composiciones como «Reencuentro», reconoce que la felicidad de las experiencias es sólo algo que se consigue valorar con el paso del tiempo, y que la retrospectión es un ejercicio necesario porque nos permite «regresar a lugares donde fuiste feliz, / sin saberlo, después de algunos años».

²⁹ Cf. Francisco de Quevedo, *Antología poética comentada*, Madrid, Edaf, 2004.